

# EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO. 131

OFICINAS. CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

## REVISTA FEMENINA

### LABORES FEMENINAS

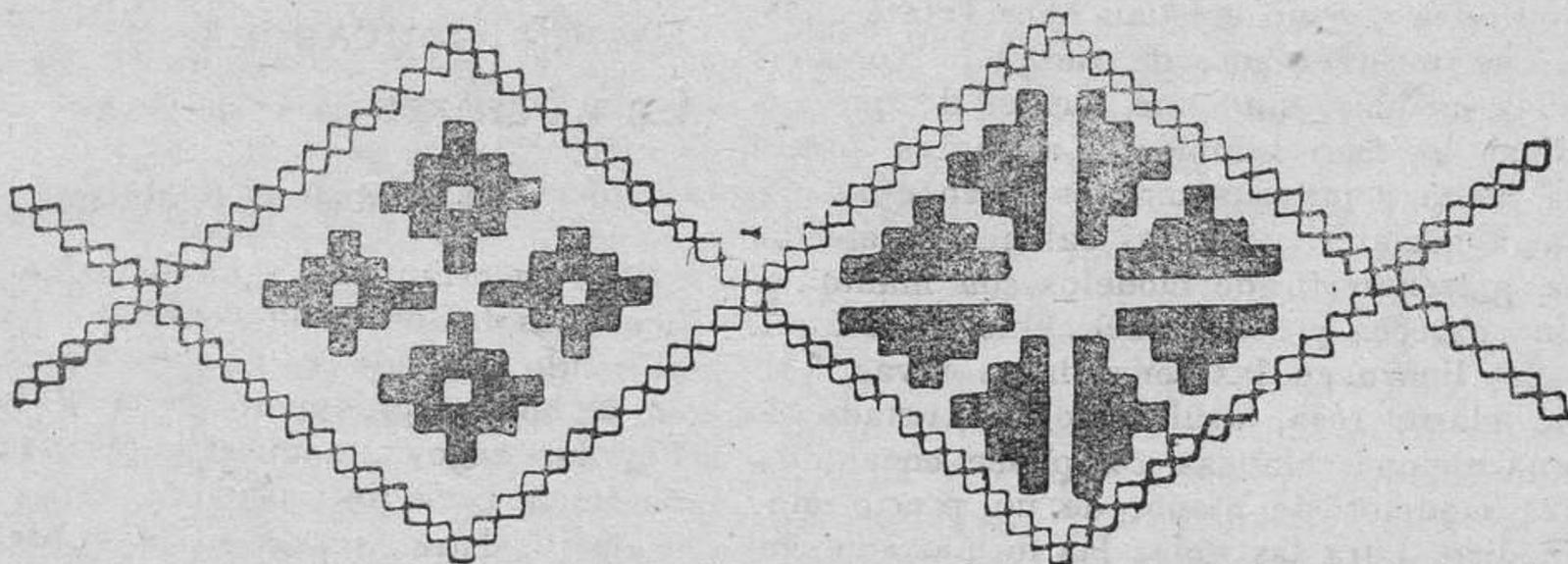
#### Bordados segovianos

Aunque supongo que todas conoceréis la *clasificación* de los dibujos atendiendo a área que ocupan o los limita, nos ocuparemos, sin embargo, de ella, para explicar mejor las muestras de los bordados que en

Como ejemplo de este caso podemos citar los frisos, muchas cenefas, etc.

Se llaman de área ilimitada aquellos que pueden ser prolongados en todos los sentidos.

Entran en este grupo casi todos los fombros, para hacer mosaicos y también para cenefas. Este último empleo podríamos decir que no es propio, pues siempre



este número se dan. Por el área que limita un dibujo pueden éstos ser limitados, ilimitados y limitados sólo en un sentido. Son los primeros aquellos dibujos que están encajados en una figura geométrica cualquiera, como, por ejemplo, una hoja limitada por un triángulo; en tal caso, la hoja toma la forma más parecida a éste, al ser estilizada, claro está, y no se puede, como es natural, prolongarla en ningún sentido.

Los dibujos de área limitados en un sentido pueden ser prolongados por el otro, aunque no por el que están limitados.

resulta el dibujo algo cortado, ya que para que tenga el ancho conveniente siempre hay que dar alguno de los motivos sin completan. Este es precisamente el defecto que podríamos señalar en los dos dibujos que hoy damos.

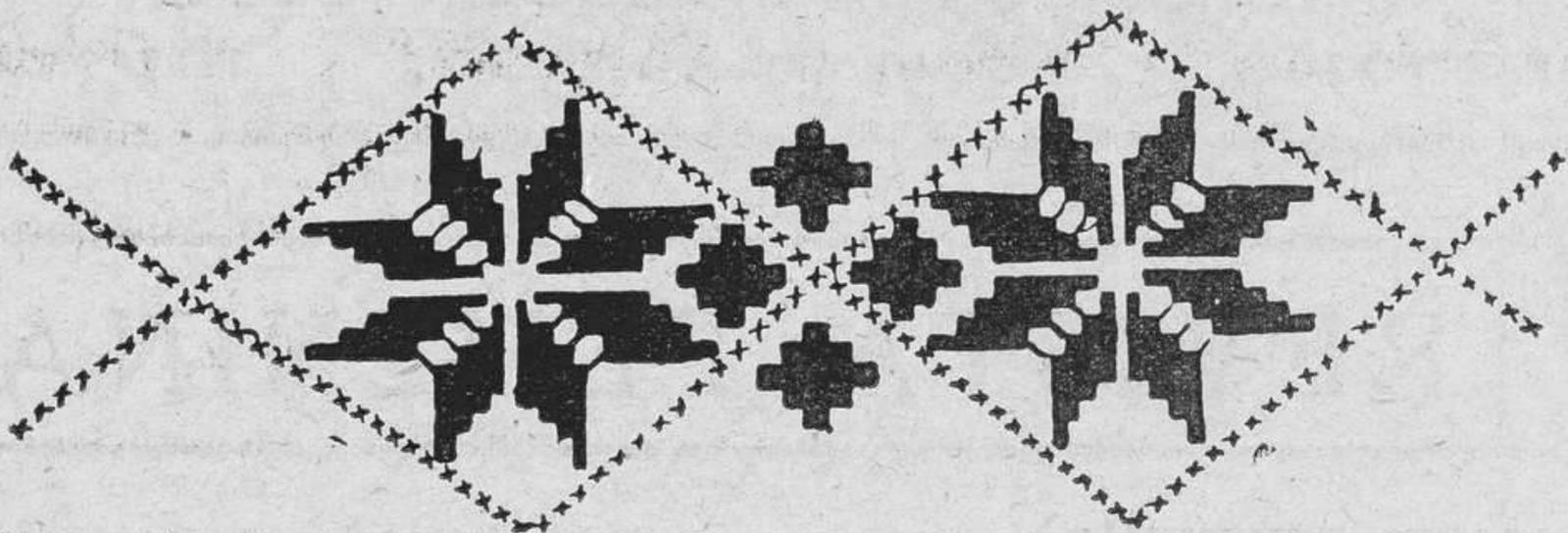
Lo mismo uno que otro son dibujos de área ilimitada, es decir, de los que se pueden prolongar en todos sentidos, y al quererlos limitar resultan incompletos.

En cuanto a los motivos que forman dichas cenefas, se reducen a unos cuadrados y una estrella de ocho puntas en una y a una combinación de triángulos y unos cua-

drados perforados para formar estrellas en la otra cenefa.

En cuanto al colorido, diremos que han sabido buscar la combinación que en estos trabajos resulta más fina: el azul y el sienna en la cenefa de la estrella de ocho pun-

El traje sastre y el abrigo exigen telas más gruesas, como el «reps» y los paños ingleses en las tonalidades «beigé», verde o marrón. Los niños siguen, como decimos, la moda de las personas mayores, y la esclavina, que da mucha holgura a



tas y en la otra un lila y un gris, que resulta también muy linda combinación.

## CRONICA DE LA MODA

### La moda infantil

Nuestra época se caracteriza por un progreso del lujo y un refinamiento de la «toilette» que no existían hace veinte años.

Las mujeres no son tan solo coquetas ellas mismas, sino que gustan de que sus niñas lo sean también. Las niñas siguen la moda como sus madres; tienen modistas especiales, y en sus salones se efectúa la presentación de modelos con maniqués que parecen proceder del reino de Liliput.

El lienzo en las tonalidades vivas, verde claro, rosa, azul cielo, incrustado de guarniciones blancas, componen encantadores modelos de otoño, de un precio muy módico. Para las niñas las formas son sencillas y rectas y se ajustan al talle por medio de un cinturón. El cuello va, por lo general, bastante descotado y los brazos desnudos.

El crespón de China blanco y el crespón Georgette componen «toilettes» de cierta pretensión, que están por lo general muy trabajadas. Casi todos los modelos de esta clase están guarnecidos con pequeños pliegues huecos, que se prestan a interpretaciones y combinaciones variadas. Algunos detalles de indudable buen gusto, como calados y mariposas bordadas, realzan estas prendas, dándolas una elegante simplicidad. Se ve mucho el modelo recto de pliegues finos, guarnecidos de una gran «berta» ajustada a los hombros.

nuestras prendas, la encontramos también en los abrigos de los pequeñuelos.

Se procura, en general, que los sombreros hagan juego con el vestido. El sombrerito de fieltro y la «calotte», rodeada de algún adorno y de tonalidad diferente, así como la forma de campana, de paja natural, gozan de gran boga.

## MISION EDUCADORA

### DE LA MUJER :: :: ::

#### El verdadero feminismo

Por encerrar una sana doctrina, damos hoy unos trozos de la conferencia que con el título «Misión educadora de la mujer en el hogar» pronunció en la Universidad Popular segoviana nuestra compañera doña Lucía Calle de Casado:

«De Maistre decía a su hija Adela: «El gusto y la instrucción es el mayor dominio de la mujer», y, discutiendo un día con su otra hija, Constanza, sobre el valor femenino, replicábala en esta forma:

«Las mujeres—decía—es cierto que no han hecho ninguna obra maestra en ningún género. No han hecho ni *La Iliada*, ni *La Eneida*, ni *La Jerusalén libertada*. No han inventado el Algebra, ni los telescopios, ni los anteojos acromáticos...; pero ellas hacen algo más grande que todo eso: un hombre honrado y una mujer honesta.»

¡Qué gran razón tenía el preclaro apologista francés al decir esto! ¡La mujer, para hacer lo más grande, lo más hermoso, lo más útil a la sociedad, no necesita de-

vase hasta la cumbre de las artes y las ciencias!

Los luminosos rayos de sus perfecciones irradiarán mejor aún desde el oscuro fondo del hogar, en el que realmente tiene su puesto y en donde mejor puede cumplir la misión que se la designó en la tierra.

Formar mujeres que sepan cumplir su misión, que está en el hogar: he aquí el verdadero feminismo sensato y racional, que ha de imponerse.

¡Feminismo, feminismo; cómo se tal- hoy t: verdadera significación y cuán- haría yo por encauzarte, por enderezarte, por llevarte por el camino de tu triunfal imposición!

Tu luz, la hermosa llama de tus rayos de astro refulgente, brillaban allá en una cumbre elevada; para llegar a ti, preciso era recorrer los intrincados senderos de una perfección espiritual, que la mujer no poseía aún en España, y a ti se fué por un camino derecho, pino, con una velocidad inconcebible, con una prisa perjudicial y funesta en alto grado.

Se pedían a voz en grito privilegios para la mujer. Estos han llegado, y a pasos agigantados. Y no es que yo tenga ideas antifeministas ni considere a la mujer indigna de tales prerrogativas, no; pues afirmar eso sería tanto como hacer traición a mi sexo; pero sí he de permitirme exponer mi opinión en tan trascendental asunto: Creo, repito, que el feminismo se ha impuesto en nuestra patria muy deprisa, algo atropelladamente, pudiéramos decir y que tal vez muchos de los errores y calamidades que se padecen en la vida social son hijos de esa prisa por imponer una cosa para la que la mujer no estaba, ni muchísimo menos, preparada.

Varios hombres insignes, entre ellos el inolvidable Maura, así lo dijeron.

¿Será beneficiosa para la sociedad femenina y para la sociedad en general esta nueva fase en que ha entrado la vida de la mujer? Materialmente, sí. Muchas, muchísimas mujeres, por la consecución de esos privilegios, miran ya su vida a cubierto de futuras privaciones, sin preocuparse de la venida del príncipe con que sueñan tantas desocupadas y que nunca llega. Moralmente, no; pues toda idea que desvíe a la mujer de su verdadera misión, de su principal papel en la sociedad, ha de corromper necesariamente los hoy ruinosos cimientos del hogar moderno, del hogar cris-

tano. El feminismo impuesto de hoy, superficial, sin base de estabilidad, ha de ser en lo moral necesariamente pernicioso. ¿Por qué? Porque la mujer española—insisto—no está preparada para hacer uso de él, y de ahí viene el que en muchas cabezas huecas prendan las más absurdas extravagancias.

No lo dudéis: la *masculinitis*, como llaman hoy muchos hombres a esa insensata inclinación de la mujer a igualarse al hombre, no ha nacido de otra cosa que de un mal entendido feminismo. Hoy las mujeres se rapan ridículamente su hermosa cabellera, desposeyéndose del más hermoso adorno femenino, para igualarse al hombre; otro día llega su locura al punto de presentarse en público vestidas como él, y mañana... mañana, ¡Dios sabe adónde nos llevará la necia y fatal monomanía de no querer ser mujeres!

No os dejéis, mujeres amigas, alucinar, engañar por las absurdas doctrinas de un falso feminismo. El feminismo no es una teoría nueva; existió siempre, sin que las mujeres de otras épocas necesitaran pedir a gritos su implantación. Ante el talento y la virtud de la mujer, rindióse en todas las edades, caballeroso y justo. Mirad, si no, a la gran Isabel la Católica. Reflexionad un momento sobre la obra de esta magna mujer, de esta excelsa soberana. Ella, la que gobernó un pueblo, la que ayudó a descubrir un mundo; de la que se ha dicho con justísima veracidad que fué el primer rey que tuvo España, ¿necesitó pedir todos los privilegios que tuvo? No; el feminismo, ante su talento y su virtud, dobló reverente la rodilla y encarnó en aquella alma nobilísima, en aquella voluntad de hierro que acometió las empresas más grandes que recuerda la historia universal.

Mujeres—os repito—, no os dejéis seducir por pérfidas y engañosas teorías. Desechad de vosotras la falsa idea de que los triunfos del feminismo están en alcanzar puestos, en alcanzar privilegios que por designio divino no pueden correspondernos.

Las victorias del feminismo, de un feminismo razonable y puro, pueden hallarse principalmente en el hogar, en la inmensa satisfacción del deber cumplido, acerca de la hermosa misión que Dios nos señaló en la vida. No aspiréis nunca más que a ser mujeres, ¡verdaderas mujeres! No ambicionéis otra cosa que lo que la italiana Teresa Capuzzi dijo en un célebre concurso

del periódico «Piccolo Giornale», de Italia, que invitó a las mujeres de aquella nación a que contestaran a la siguiente pregunta: «¿Qué tipo de mujer de la Leyenda, de la Historia o del Arte hubiera preferido ser?» Y ella obtuvo el primer premio con esta sencilla cuan hermosa respuesta:

«Quisiera ser, para cualquier época, lo que realmente soy: una modesta mujer, indiferente a toda fama, y vivir correspondida en una serena ternura doméstica y criar y educar un nido de niños en los deberes sociales, en el temor de Dios.

¿Por qué? Porque la misión de la mujer, por lo que yo siento, está en el recinto de la modesta casa, misión de amor, de consuelo, de oscuros deberes.

El sentimiento femenino es sacrificio, lágrimas en secreto, alegrías íntimas.

Y las mujeres que pasan a la historia hacen siempre traición a su propio sexo...»

### La superioridad de las mujeres

Las últimas estadísticas burocráticas demuestran que el número de funcionarios femeninos en la Administración pública de Suecia se ha duplicado en trece años.

El año anterior a la guerra había 8.838, mientras que ahora hay 17.177. En este mismo período el número de funcionarios masculinos no ha aumentado más que de 81.275 a 83.156.

Otra estadística exhibe que entre los estudiantes examinados han sido laureados en una proporción mucho mayor los femeninos que los masculinos.

## COCINA PRACTICA

**Mermelada de melocotones.**—Para hacer una agradable mermelada de melocotones o albaricoques, sígase puntualmente la receta siguiente:

Escoged los melocotones muy sanos y maduros. El melocotón de viña y el de carne roja (pavía) hacen una mermelada excelente.

Partid las frutas en dos y quitadles los huesos y la piel.

Pesadlos una vez que estén así preparados, y en seguida pesad igualmente azú-

car cristalizada, a razón de 375 gramos de azúcar por cada medio kilo de fruta.

Colocad los melocotones en una terrina de porcelana o de barro, por capas, cubriendo cada capa de fruta con una de azúcar. Cúbrase con una servilleta y déjese en lugar fresco hasta el día siguiente.

Viértase luego el todo en un perol de aluminio, metal menos peligroso que el cobre para estos dulces, en que el ácido puede dar lugar a accidentes terribles. Fólgase en la lumbre y muévase continuamente hasta que comience a hervir, para impedir que el fruto se pegue.

Déjese entonces cocer durante tres cuartos de hora, añadiendo, si esto gusta, un poco de vainilla.

Cuando los melocotones se vuelven transparentes y exhalan un olor agradable, y el jugo está espeso, la mermelada está en su punto.

Viértase entonces en tarros de boca ancha, bien cerrados.

**Entremeses.**—Nada da tan buen aspecto a una comida, por muy sencilla que sea, como los «hors d'oeuvres», o entremeses, bien escogidos, y, sobre todo, bien presentados. Los entremeses se sirven solamente en la comida de mediodía. La mesa toma un aspecto de fiesta si se adorna con esos exquisitos manjares que excitan el apetito mientras se esperan los platos de resistencia.

En muchas casas los entremeses se sirven todos los días, o al menos cada vez que hay restos que pueden ser utilizables de este modo. Aparte los entremeses acostumbrados, el salchichón, las anchoas, los rábanos, los tomates en ensalada y el apio o las sarlinas en conserva, pueden servirse los restos de patatas cocidas, cortánolas en rodajas y adicionándolas aceite, vinagre, pimienta perejil picado, etc. Los restos de carne fría se cortan en menudos trozos y se preparan en ensalada con trozos de huevo duro, pimiento verde y tomate. Igualmente los restos de pescado pueden servir desmenuzados, con pimiento rojo y pepinillos y cubiertos de mayonesa.

Lo importante es que la presentación de los entremeses resulte apetitosa y decorativa.

**PEDAGOGIA GENERAL,** por DON EZEQUIEL SOLANA  
Cuatrocientas ocho páginas, 5 pesetas

# PARA LA FIESTA DEL LIBRO

El jueves 7 del actual deben dedicar los Maestros y Maestras por lo menos una hora a la explicación de la importancia del libro, y para facilitarles el trabajo hemos compuesto esta sección.

## El libro y su eficacia

Un libro es una maravilla. Su origen se remonta a millares de años. Pero no siempre han tenido los libros la forma y la utilidad de los que usamos en el día.

Cuando los hombres primitivos inventaron la escritura, debió parecerles algo como milagroso el que fuera posible interpretar los signos y que ellos llegaran a conmovernos hasta hacernos reír y llorar, según los casos. Los hombres sintieron desde los más remotos tiempos la necesidad de representar sus pensamientos de manera que los demás hombres pudieran conocerlos y apreciarlos; y como en aquellos tiempos no existía el papel, grabaron sus ideas sobre piedras o las estamparon en ladrillos de barro, valiéndose de unos signos convencionales. Durante miles de años, aquellas piedras y ladrillos fueron los únicos libros que existían.

La invención del papel y de la imprenta ha producido en el mundo uno de los cambios más radicales que se han experimentado en la vida de la humanidad. En nuestra época, todo lo que se piensa y tiene alguna importancia queda estampado en los libros, y los libros, por otra parte, se hallan al alcance de todos.

No ha habido medio humano capaz de impedir que se escribieran libros. Ha habido reyes que han tratado de prohibirlos, tiranos que mandaron quemar millares de ellos; pero nadie ha podido destruir la facultad de escribir ni ha podido detener el incremento con que algunos libros se difunden. Diríase que tienen una fuerza expansiva incontrastable. El libro puede decirse que se reproduce, que se perpetúa, y vivirá mientras vivan los hombres.

El libro esparce las ideas a través de todas las latitudes y de todos los tiempos. Una idea estampada en un libro tiene mayor virtualidad que si se grabara en mármol. En la historia del mundo la pluma ha sido siempre más potente que la espada

*Niños, amad los libros como si ellos fueran el mejor tesoro que pudiera apetecerse; un buen libro tiene siempre un valor inapreciable.*

## ¿Cuál fué el primer libro impreso?

Cuando Gutenberg se asoció a Fust, que podía prestarle dinero para los primeros gastos, y a Schoeffer, que era muy hábil en el trabajo de los metales, pensó que ya podían imprimir un libro: el libro elegido fué la Biblia.

Mucho tiempo y mucho dinero necesitaron para esta primera impresión; ellos tuvieron que hacérselo todo, desde grabar y fundir los tipos hasta la corrección y tirada de los pliegos.

A esto debe añadirse que nunca había bastante dinero para pagar los trabajos. Antes de que se hubiesen impreso las tres primeras páginas habíanse gastado ya 3.000 florines, y siempre estaba temeroso Gutenberg de que no tendría nunca bastantes recursos para llevar a buen término la obra comenzada.

Por fin, el año 1455, en Maguncia (Alemania) presentóse al mundo el primer libro impreso, la Santa Biblia, en lengua latina y encuadernada en dos voluminosos tomos. El triunfo de la Imprenta era un hecho palpable.

Todo el mundo estuvo conforme en que aquel libro impreso era tan claro como un manuscrito, y viendo que se habían impreso muchos ejemplares al mismo tiempo, con lo que el costo no resultaba tan elevado como si se hubiera compuesto a mano, se comprendió la importancia del negocio y el invento quedó asegurado.

No estará demás decir ahora que en su basta celebrada (septiembre de 1926) en las Galerías de Anderson, de Nueva York, de un ejemplar de la célebre Biblia impresa en Maguncia por Gutenberg, ha sido tal el anhelo de poseerla, que ha sido pujada en la fabulosa cantidad de 106.000 dólares. Es, indudablemente, la mayor cantidad

que se ha pagado en el mundo por un libro impreso.

El número de libros impresos desde la invención de la Imprenta hasta nuestros días se eleva, como puede suponerse, a millones y millones. Y a la par que crece el número de libros impresos, crecen y se multiplican las bibliotecas populares, que en estos últimos tiempos han recibido poderoso y formidable impulso en todas las naciones del mundo.

*El libro es la guía de la humanidad a través de la historia; pero la biblioteca popular es medio efficacísimo para difundir por todas partes la cultura.*

#### Lo que los libros significan:

Los libros son el tesoro más rico que posee la humanidad. Por ellos sabemos lo que los hombres hicieron y pensaron en el transcurso de los siglos; por ellos nos sentimos unidos con el tiempo pasado y con lo porvenir.

Los libros son nuestros mejores amigos, los más fieles, los más útiles, los más sumisos, los más dispuestos a servirnos siempre desinteresadamente.

Los libros son los compañeros de toda la vida. De niños nos deleitan con sus artísticos grabados, con sus narraciones maravillosas, inspirándonos virtudes que de otro modo no podrían ser comprendidas; de jóvenes son nuestros guías cariñosos e infalibles, que ilustran nuestra mente y enriquecen la inteligencia con conocimientos variados, útiles y positivos; de mayores nos aleccionan y enseñan cómo debemos proceder en la vida, nos muestran las normas de la salud, la razón de nuestra existencia, el objeto de nuestros afanes, la garantía de nuestros derechos; de viejos, en fin, encontramos en los libros la paz y la alegría compatibles con el sosiego y el descanso.

Por los libros nos engrandecemos y nos redimimos. Todo lo que han pensado los sabios más grandes que la humanidad ha producido lo tenemos a nuestro alcance en las páginas del libro; un libro es un tesoro.

*Amemos siempre los libros; no los maltratemos de niños; no los miremos de mayores con indiferencia o menosprecio.*

#### Los mandamientos del libro

Los libros deben ser siempre bien tratados; son nuestros mejores amigos, nos

instruyen y deleitan, y requieren cuidados especiales. H. Maxon ha compuesto los diez mandamientos del libro, que el buen lector debe cumplir exactamente. Helos aquí:

«1. No me abras por simple curiosidad.  
2. No humedezcas las yemas de los dedos para volver mis páginas; no tosas ni estornudes sobre ellas, ni me cojas más que con las manos limpias. Me avergonzarías si, estando sucio, me pidiese otro lector.

3. No hagas ninguna señal o anotación en mis páginas, ni con la pluma ni con el lápiz. Me volverías despreciable.

4. No me levantes en alto tomándome por una de las tapas, y cuando me leas, no te apoyes sobre mí con los codos ni con los brazos. Me harías mal.

5. Nunca me dejes abierto ni vuelto del revés, besando con las páginas la mesa o pupitre.

6. Nunca coloques entre mis hojas un cortaplumas, un lápiz u otro objeto que sea más grueso que una hoja de papel. Perjudicarías mi lomo.

7. Si al suspender la lectura temes no recordar la página en que lo dejas, no pliegues la hoja ni dobles sus ángulos. Emplea como registro una cinta o una tira de papel, que son señales inofensivas.

8. Hazte cargo de que no debo estar en tu poder más tiempo que el estrictamente necesario, pues solicitan mi compañía y mi consejo otros lectores.

9. Medita en que, pues podremos encontrarnos nuevamente, te desagradaría verme envejecido, manchado o roto.

10. Así, pues, procura conservarme limpio y lo mejor que te sea posible. En cambio, yo pagaré tu buen trato ayudándote a ser feliz y proporcionándote armas para la lucha por la vida.»

Verdaderamente, el libro, aparte de lo que enseña y deleita, representa tantos días de trabajo, que al maltratarlo cometemos la injusticia, la villanía, de menospreciar y hacer el mal a quien tanto se afanó por procurarnos un bien. Amar los libros es una prueba de gratitud para sus autores.

#### De la lectura y de los libros

Hay muchas maneras de leer y muchos libros que merecen ser leídos. Por de contado que debe tenerse en cuenta el fin que se persigue y el tiempo de que se dispone.

La persona de mediana instrucción que

—Hay que darles conferencias—dijo más de una vez en los «jueves escolares».

—Calma, calma—decía don Juan, el viejo Maestro.

—Es intolerable—insistía Clara Angélica—. No ha de permitirse que vivan así, en los «silos» terribles, bajo la tierra, como topos ciegos.

—¿Pero usted cree que íbamos a conseguir algo?

—Sí creo. Hay que darles conferencias y enseñarles un poco de justicia y de orgullo humano. ¿Por qué no hacerlos comprender que son tanto y valen tanto como el alcalde, como el primer ministro, como el propio Rey?

—¡Por Dios, Clara Angélica!—dijo don Juan llevándose las manos a la cabeza.

—Sí, sí, estoy decidida. Me da pena y me indigna además ver salir a esas gentes de las cuevas, como animales olvidados.

—No crea que es eso empresa fácil.

Clara Angélica insistió una y otra vez. Y al fin venció, y diéronse conferencias, y acudió gente sencilla y ávida. Cada Maestro habló de un tema práctico, conocido, de densa aplicación: higiene, moral, puericultura, economía. Las gentes sencillas y olvidadas—se hablaba de los «silos» como de vidas interiores, como de espíritus lejanos de otro planeta—sentíanse allí acariciadas. Hombres y mujeres sentíanse acogidos por la Escuela. La Escuela era para ellos un poco de hogar común.

Y un día habló Clara Angélica. Estaba entonces llena la sala. Habían acudido también gentes gobernantes. Era la asamblea heterogénea y extraña. Y Clara Angélica, con su voz de melodía, habló y habló.

«El sentimiento de la dignidad humana» fué su tema central. Y las gentes de los «silos», las gentes aquellas, que las miraban anestesiadas, que creían estériles a la emoción, muertas para el noble aleteo del espíritu, gritaban y aplaudían a Clara Angélica con las manos y el corazón. Su palabra alentadora era palabra que redimía. Y por el alma de las gentes aquellas rozó el ansia y rozó la indignación.

—¡Mueran los tiranos!—dijo uno.

Clara Angélica palideció.

—¡Ah, no, no! Callad—mandó ella.

Un griterío confuso llenó la sala. El alcalde, herido por el decir de Clara Angélica, medoso un poco, dijo con energía:

—Señora Maestra, en nombre de la

autoridad que represento os mando que no siga la conferencia.

—Que siga.

—Que no siga—decían los gobernantes.

Voces, retos, algún insulto también. Clara Angélica, pálida, erguida, firme, no sentía miedo. Hacía signos de que callaran, buscaba un instante de silencio, quería hablar. Y en la sala era todo rumor de tormenta y de tragedia. Al fin, don Juan, el viejo Maestro, dió una voz tremenda:

—¡Silencio!

Y calló todo. Clara Angélica, suplicante, dijo con dulzura:

—Señor alcalde, quería decir una palabra más; han gritado «¡Mueran los tiranos!», y debo explicar que en los problemas de dignidad, en los problemas esenciales del espíritu, no hay más tirano que uno mismo. Nadie nos impide que vivamos con...

—Termine, señora Maestra—cortó el alcalde.

Y otra vez surgieron las voces. Rumor de amenaza. Fué saliendo la gente en actitudes retadoras.

Clara Angélica y don Juan, lentos, silenciosos, tristes, resbalaron por la muchedumbre. Las calles se han llenado de rumor. Y a poco, la paz de la noche fresca y azul ha hecho el silencio otra vez. Las calles anchas, blancas, rectas, camino de los «silos» escondidos y tristes, han vuelto a su largo callar. Todo lo ilumina una luna de marfil.

\*\*\*

Hablan Clara Angélica y Cástor.

El patio cuadrado es como un jardín. Hay un vaho sutil de frescura y de aroma.

—¿No te parece que hay que cortar esto?—habló Clara Angélica, aludiendo a sus diálogos y a sus entrevistas.

—Nunca.

—Ya sé que tu madre me llama la «Republicana».

—¿Y te ofende tanto?

—No, me río... ¡Pobre de mí! ¿Yo la «Republicana», la peligrosa, la que puede encender revoluciones?

—No hagas caso—decía Cástor.

—No, si es verdad. Fueron mis palabras las que encendieron la ira aquella noche. Yo que la encendí pude apagarla. Pero el alcalde, torpe, no quiso que siguiera...

Calla. Cástor mira sin mirar. Como si temiera decir sus pensamientos.

—Nos casaremos y todo pasará—habla al fin.

—¿Nos casaremos?—pregunta Clara Angélica.

—¿No quieres tú?

Calla ella. Lo ha dicho Cástor con tanta ternura que no se atreve, piadosa, a contestar.

—«Caminar, caminar», decías siempre. ¿Y quieres ahora detenerte?

—Tengo un poco de miedo, Cástor.

—¿Miedo?

—Miedo a tu madre, que me llama la «Republicana» porque no me conoce; miedo al alcalde, al juez, al buen señor cura, que, cándido, hasta cree que estoy amada a la masonería; miedo también a estas gentes «sileras», sencillas y terribles, que no saben medir mis palabras...

—Olvídalo todo.

—No, no puedo. Siento pena al verme incomprendida. Creí que tantos instantes míos de devoción y de esfuerzo me habrían definido con toda certeridad.

—Sí, te comprenden y te admiran; no lo dudes.

—Lo dudo, sí—dice Clara Angélica.

—Son los enemigos, que acechan siempre.

—¿El médico?—pregunta con toda ingenuidad.

—El médico, sí. El médico y las gentes sin piedad; sé que en el casino se azuzan unos a otros... ¡Pensar que hace ya meses que pudimos habernos casado!

Lo dijo Cástor moviendo la cabeza, como vencido, en pesadumbre total.

—Sí, pudimos—habla Clara Angélica—. Pero ahora hay que volvernos cada uno a sus viejos caminos, hay que desandar la ruta que seguíamos juntos.

—No puede ser.

—Será. Es la vida, Cástor... La vida que juntó prestigios y me los dió, y me llenó de esperanza. La vida que en un instante—vendaval sin entrañas—volcó todo. Y otra vez me ha echado sola por los desiertos.

—Sola no; estoy yo aquí, contigo.

—Ciertamente, tú estás; pero los tuyos siguen llamándome «republicana», esto es, peligrosa y temible... Las gentes de los «silos» van a asociarse; piden tierra y casas donde vivir; piden higiene. Y los ricos, con tu padre a la cabeza, que es el jefe, van a defenderse, a luchar...

—No pasará nada—dice Cástor.

—Pasará, no lo dudes... Todas las mira-

das—las miradas hurfías de tu padre y de los suyos, las miradas ávidas, llenas de esperanza, de las gentes sileras—me vigilan y me aguardan. Y yo quedo en el centro, sola, como fanasma de todos... ¿Crees que voy a poder seguir?

—¡en calma.

—Ya la he tenido; he esperado por esc Pero siento cerca la lucha, va a llegar Y tengo miedo. Miedo a la revolución, a —Las revoluciones vienen siempre cuando deben venir. Son hechos providenciales y necesarios.—Es miedo a mi vida, rota otra vez; es pena por mi obra deshecha; dolor por mis horas tranquilas y mi sueño de remanso, a la sombra del hogar, contigo, juntas las manos y el corazón.

Le ha huído a Clara Angélica una lágrima. Callan los dos. El silencio se ha llenado de tristeza. Flota un vaho de cosa irreparable. El hado de la indecisión se entretiene en poner sus hilos del uno al otro. Y los dos sollozan por dentro sollozos de desaliento y de ruina.



## CLARA ANGÉLICA ESCRIBE UN LIBRO

«Caminar, caminar», era su divisa interior. Por eso siguió buscando cada día, infatigable, pan para su espíritu. Y pan, a la vez, para su inteligencia sedienta. Clara Angélica buscaba en muchas horas el deleite de la lírica; leía también, embriagada, libros de mística, libros temblorosos y leves como el incierto vuelo de una mariposa. Pero también, constante, daba sus horas a los libros de profunda filosofía, entrabase en la ciencia pura, bebía en el agua de los grandes pensadores. Y, sobre todo, nutría su mente con el jugo de las ciencias del niño, y era lo que amaba más.

El libro-refugio. El libro que acoja y deleite. Pero a la vez, el libro alentador, que enseñe a cada uno su oficio; el libro-guía que traiga destreza y profundidad. Clara Angélica era Maestra porque le ardían dentro las llamas de la creencia viva y fértil; pero era Maestra también porque gustaba y conocía de la ciencia que trae conocimiento del niño. Su inteligencia, en perpetua sed, quería saberlo todo, entrar, ávida, por los caminos más distintos y lejanos.

—¡Pobre del Maestro que no tiene dudas!—decía siempre.

Y las dudas—la duda cotidiana que ale a preguntarnos, ¿adónde vas?—surgían a su espíritu en la Escuela, frente a «sus» niñas, junto al largo canal de la vida. Pero también surgíanle en el diálogo con sus libros, frente a sus páginas incitadoras.

—Libros hermanos, ¡cuánto os debo!—decía.

Y fruto de todo, de su propia levadura, de sus vendimias por la vida, de las lecciones de los libros, Clara Angélica hizo un espíritu robusto y original. La inteligencia y el corazón eran en ella gemelos. Los dos vivían en alianza firme, haciéndose ritmo y ruta par. Los dos estaban llenos...

Clara Angélica lleva ahora largos días recluida en sí misma. Sólo va a la Escuela. Y luego se entra en su cuarto de estudio. Y lee y escribe. Su tristeza íntima va dejándola allí, entre sus «libros hermanos». Quiere quedar un poco lejos del río del vivir, a la espera de una aurora más. ¡Feliz del que cree cada día, y cada día espera su sueño imposible!

El corazón de Clara Angélica no ha nacido para vivir en quietud. El agua abundante que lleva dentro termina siempre por aflorar y hacerse fuente dulce. Y ahora, en su soledad buscada, en sus largos silencios bienamados, Clara Angélica escribe mucho. ¿Un libro? No lo sabe. Quisiera hacer anchas páginas, llenas de fe, jugosas de optimismo, que dieran aliento a los caídos y a los tristes.

Y escribe, escribe.

Escribe mientras la tormenta de la vida tiembla fuera. Mientras todo el edificio alzado por ella quiere hundirse. Mientras su aureola va perdiendo matices y resplandor.

... En todas partes hay afán por clavar dardos en Clara Angélica. En la «Junta local de Enseñanza también. Fué que unos cuantos ricos se quejaron al Inspector. «Llévese de aquí esta revolucionaria»—decían—. Y el Inspector, por orientarse, mandó la denuncia a la Junta local.

—¿Qué decimos?—preguntó el alcalde.

Y los vocales, juntos en sesión, callaban. ¿Era revolucionaria, como decía la denuncia?

—Algo hay que decir—insistió el alcalde.

—Sí, cortó don Juan, el Maestro—. Habrá que decir algo; por lo menos, decir la verdad.

—¡Ya sabe usted, señor Maestro, lo que pasa desde aquella noche—habló el médico. El médico rival; el médico huído en derrota que maniobra, cobarde, en las tinieblas.

—Es verdad, desde la noche de la conferencia...—dijo el alcalde.

—Desde aquella noche, ¿qué es lo que pasa?—intervino don Juan—. ¿Revolución? No. Es un poco de confraternidad entre gentes que tienen el mismo dolor. Quieren unirse. ¿Y es eso revolucionario? Fiden dos Escuelas en el barrio de los «sileros». ¿Es pecaminoso? Sueñan con que les den tierras en renta para cereales, parcelas pequeñas de azafranal, jornada legal de trabajo, viviendas con higiene, retiro obrero... No, no es revolución. Y si es revolución, no surgió aquella noche. La revolución arranca siempre de una injusticia. Y la injusticia tarda muchos años en hacerse intolerable y sensible.

—Don Juan se ha vuelto defensor de los «sileros»—dice con ironía el médico.

—No, me basta con ser defensor de la verdad.

—Y si lo que piden—interviene el párroco—no es pecaminoso, ¿por qué esas reuniones clandestinas, como conspiradores?

—No sé. Sólo sé que quisieron hablar con el presidente de la Mancomunidad de labradores, que es el padre de Cástor, y no los recibió...

—Bueno, al grano—cortó el alcalde—. ¿Qué decimos de la Maestra en el informe?

—Yo quiero que conste mi voto en contra—dice uno.

—¿En contra de qué?—corta don Juan indignado.

—En contra de la Maestra.

—¡Pero si no se han tratado aún los puntos de la denuncia!—dice don Juan.

—Pues yo también quiero que conste mi voto en contra—refunfuña otro.

—Y el mío—dice el médico.

—Y el mío.

—Pero, señores, ¿es posible?—grita con soberbia don Juan—. ¿Y usted, señor cura?

—Yo tengo también mi capitulito. ¿Revolucionaria? No. La Maestra no es revo-



lucionaria, es una ilusa nada más... Pero yo tengo también mi capitulito... Se mete en las cosas de Dios más de lo debido. Anda siempre con censuras para todo: censuras para las «Hijas de María», censuras para las Cofradías, porque son, según ella, demasiado paganas y terrenales; hasta censuras para mí, que lo sé de buena tinta.

—¡Que se mete en las cosas de Dios! —dice con tristeza don Juan—. ¿Y no agradece usted, señor cura, los esfuerzos que hizo para romper tantas supersticiones? ¿Olvida sus visitas y sus campañas para acabar con la leyenda de la mujer aquella que se creía la Virgen de los Dolores? No sólo que lo creía ella, sino que las gentes la «adoraban». Las gentes iban a su casa en prácticas y en ritos absurdos e infantiles.

—Eso lo deshice yo desde el púlpito —dijo con soberbia el párroco.

—Sólo yo sé lo que hizo entonces Clara Angélica: igual que con aquel mendigo que se decía San José; igual que con las brujas del molino y las «gachas» aquellas del milagro donde dicen que había aparecido Dios...

El párroco callaba. Callaban todos. Era verdad lo que don Juan decía. Pero el juicio de la Junta ya estaba hecho; fué hecho aun antes de entrar en la sala, antes de saber el detalle de la extraña denuncia... Sólo don Juan, recto, justo, invariable, hizo aparecer en el informe sus palabras cálidas y devotas.

La Junta podía descansar. Había peleado y triunfado. La enseñanza, ciertamente, iba a mejorar.

Y mientras toda la tormenta pulula en su redor, Clara Angélica, en su cuarto, va escribiendo páginas y páginas para su libro. El libro que aún no sabe cómo va a ser. Mientras todo amenaza derrumbarse, incluso su alada ecuación de amor, ella se recoge en su espíritu y escribe palabras anchas y blancas. Palabras de gracia que animen al caminante y pongan en él un poco de alivio. Quiere hacer un libro de meditación. Pero que todo en él sea parábola transparente, poesía sin amargura y sin pecado...

Clara Angélica pasa ahora la vida en casa. Vuelve de la Escuela, y allí queda, en el refugio de sus libros y sus cuartillas. Sólo los viernes, en el anochecer, acude a

la ermita breve de la «Dolorosa». Los viernes, al caer la tarde, van llegando los «hermanos». Tiesos, graves, serios—son trozos arrancados del *Entierro*, de Theotocopuli—. Van entrando sigilosos y callados. A Clara Angélica le gusta cobijarse allí, en el remanso místico y primitivo que viven los «hermanos», cada viernes, en la hora inicial de la noche.

Llegan los «hermanos». Van haciendo filas paralelas. Con sus capas iguales y holgadas, altos e inmóviles, semejan en la oscuridad del templo profusos cipreses funerarios. El hermano lectoral, desde el púlpito, lee lentamente «puntos» de meditación. Todos callan. Y al final se arrodillan. Y sube su pensamiento muy alto.

Rezan luego su rezo ritual: siete veces siete Avemarías. Y al acabar, comienza el rito severo y rudo. Se adelantan dos hermanos profesos—también hay noviciado en la Hermandad—. Los dos llevan, bajo sus capas tersas y abundantes, un haz de «disciplinas». Van pasando entre las filas espesas. Y cada hermano, si lo quiere, toma con sigilo las cuerdas nudosas, juntas en manojo, con las que ha de flagelarse.

Van y vienen los hermanos graves de las «disciplinas». Y van otros apagando las luces. El templo, a instantes más oscuro, se llena de silencio tétrico. Hay olor de penitencia, como en las catacumbas. Flota el aire denso de las tragedias cristianas. Y todo lo envuelve un recio perfume de fe primitiva, un ansia insospechada de purificación y de espíritu.

Clara Angélica, en un ángulo, lejos de los bancos que alinean y encuadran la Hermandad, va sintiendo que el alma se le llena de mostos divinos, mostos de ascensión y de olvido. Y goza por eso gozo puro del corazón.

Ya está el templo totalmente oscuro. Ni una sola luz vibra... Los «hermanos» han desnudado por entero sus bustos. El sacerdote cierra con ímpetu un libro. Y en seguida comienza a entonar con voz de trémolo:

«Miserere mei Dómine...»

Y en seguida también comienza la flagelación. Se oyen los chasquidos sobre la carne desnuda. Hay un ruido intenso y opaco. En el silencio y en la oscuridad chasquean como látigos las disciplinas.

(Continuará.)

lee por recreo a la par que para instruirse no debe limitarse a leer obras de autores contemporáneos, sino que ha de leer también los libros más celebrados de los pasados siglos. Puede tomar consejo para la elección de libros, pero no debe prescindir de su propio gusto, para hacer la lectura más agradable.

Hecha la elección de libros, conviene tener en cuenta estos principios:

No debe acometerse una lectura que esté por encima de sus conocimientos o aptitudes sin la debida preparación, pues lo que no se entiende bien no se lee con gusto ni asimila, y puede producir a la postre aversión a las lecturas serias.

Todo libro empezado debe acabarse de leer, a menos de repugnancia invencible, y una vez terminado, debe hacerse un resumen, por lo menos mental, de su contenido.

Cuando en un libro se ha encontrado provecho positivo, conviene volverlo a leer en la seguridad de encontrar nuevas ideas que habían pasado inadvertidas en la primera lectura. No es menester leer el libro por completo, sino repetir los pasajes que se juzgaron más interesantes o que no se acabaron de entender. Tampoco es menester que la lectura se haga inmediatamente, antes conviene dejar algún intervalo de tiempo para clasificar en la memoria las nociones adquiridas.

No estropeéis vuestros libros; antes miradlos con el mayor respeto. ¿Hace falta tomar notas en la lectura? ¿Precisa subrayar o señalar al margen algún pasaje importante? Lo mejor de todo es escribir lo necesario en un papelito suelto e intercalarlo entre las hojas del libro o al final, entre el libro y la cubierta. En los puestos de libros usados se tropieza a menudo con obras interesantes salpicadas de notas y rayas, que las hacen desmerecer. Se ha caído en la cuenta de que la mayoría de los lectores que esto hicieron eran impulsivos, y no anotaron lo mejor, sino lo que les impresionaba de momento.

El lector serio y metódico prefiere siempre llevar a su libreta de apuntes notas interesantes, coordinando las ideas y noticias para fines ulteriores.

Algunos lectores, después de haber leído mucho, vuelven obstinadamente a un solo libro, a un mismo autor, y acaban por abandonar los demás. Conviene no exage-

rar. Bueno es leer mucho un libro bueno y nos distrae la mente en multitud de libros, pero no es bueno tampoco aislarse y reducirse a un solo libro.

Tampoco es bueno leer demasiado: no conviene extremar las cosas. Si es bueno leer, es mejor vivir. Deben dedicarse a la lectura las horas de que se pueda disponer libremente, pero no olvidando que la lectura ha de hacerse en buenas condiciones de luz y tranquilidad de espíritu. Al tiempo de leer las obras de los grandes hombres conviene en cierto modo identificarse con ellos y observarse a sí mismo, es decir, que se deben estudiar los hombres a la par que se leen sus libros. Así, la lectura atenta y comedida es como suele resultar más provechosa.

### Cómo se hace un libro

El libro es en la Escuela el más importante instrumento de trabajo. Vamos a explicar ahora brevemente cómo se hace, o acaso más propiamente, cómo se fabrica un libro.

Ante todo, como podéis figuraros, lo primero es pensarlo y después escribirlo. Muchas cosas se piensan a la vez que se escriben; otras muchas, después de escritas, se cambian y se vuelven a escribir en diferente forma. El escribir un libro lleva más tiempo del que ordinariamente se supone.

El *manuscrito* debe presentarse con claridad, en cuartillas numeradas y escritas por un solo lado. A ser posible, todas deben contener el mismo número de líneas y al final debe llevar un índice por materias y capítulos.

Si quiere ahora saberse la extensión que va a tener el libro, en vista del manuscrito se cuentan las letras y espacios contenidos en veinte líneas, se divide por 20, para hallar el término medio de una línea, y multiplicado éste por el número de líneas que contiene una cuartilla y volviendo a multiplicar este resultado por el número de cuartillas, se tendrá el total de letras y espacios contenidos en el manuscrito. Si dividimos ese total por el hallado en la página de un libro semejante al que vamos a imprimir, tendremos el resultado apetecido. Sobre esta base suele calcularse el precio de impresión.

El impresor entrega el manuscrito al *regente*, quien examina las cuartillas, ve los diferentes caracteres que ha menester y los indica, si no están bien señalados,

distribuyendo en pequeñas porciones las cuartillas entre los cajistas o linotipistas.

El *cajista* trabaja delante de una *caja* donde se contienen, en 123 cajetines desiguales, los caracteres o letras metálicas que ha de emplear en la composición. En la mano izquierda tiene el *componedor*, instrumento donde va colocando las letras de imprenta para formar las palabras, que separa por medio de intervalos o *espacios*. Cuando la línea está llena en el componedor, la *justifica*, es decir, le da el largo que debe tener, aumentando o disminuyendo los espacios entre las palabras. Los espacios son más bajos que las letras y no salen impresos. Una vez justificada la línea, el cajista pone una interlínea o *regleta*, que sirve para separar los renglones, con la que saca y coloca la línea en el *galerín*, puesto de antemano encima de la caja, y así procede sucesivamente hasta llenar lo que se llama una *galerada* o hacer *paquetes*, que se atan con un bramante. Estos paquetes, que vienen a tener sobre 40 ó 50 líneas, se colocan sobre un papel fuerte, varias veces doblado, que es lo que se llama *portapáginas*. Hecho esto, el cajista saca pruebas y las entrega al corrector.

El *corrector* enmienda los defectos y señala las faltas de ortografía, que corrige el cajista, y generalmente se sacan otra vez pruebas, que se remiten al autor. Para las correcciones hay ciertos signos particulares, fáciles de aprender.

Devueltas las pruebas por el autor y corregidas convenientemente, el *ajustador* transforma en páginas de igual tamaño las columnas de la galerada, coloca el título de la obra, los capítulos y los folios, así como las notas, grabados, etc., para poder imprimir las páginas.

La imposición consiste en colocar las páginas que forman un pliego de tal manera que, estando el papel convenientemente plegado después de la tirada, se sigan aquéllas correlativamente por orden numérico. Cada hoja o pliego lleva en la parte inferior un número de orden que se llama *signatura*, muy útil después para la encuadernación.

La *tirada* se hace a máquina, pues la prensa a mano ha quedado reservada para las tiradas muy reducidas. La máquina sencilla imprime un solo lado del papel, que tiene que volver a pasar por la impre-

sión por el otro lado; la máquina doble-imprime los dos lados a un mismo tiempo.

Los papeles se mojan o satinan antes de ser empleados.

Por último, se hace la *encuadernación* del libro. Para ello, los pliegos, según van saliendo de la máquina, se colocan sobre mesas por paquetes y signaturas sucesivos, cogiendo después un pliego de cada paquete para formar tomos. Los tomos se colocan en prensas para reducir el espesor de los pliegos, y pasan a la costura. La última operación es *poner la cubierta*. Se aplica la cubierta sobre el canto de los tomos previamente encolados.

Cuando se presume que han de hacerse nuevas ediciones de un libro, suelen reproducirse por grabados por medio de la galvanoplastia, que tiene por objeto dar mayor dureza a los *clisés*.

La propiedad intelectual corresponde a los autores respecto de sus propias obras.

#### Pensamientos de algunos hombres ilustres :: :: ::

Los libros son Maestros que nos instruyen sin disciplina ni férula, sin palabras duras ni cólera, sin pedir regalos ni dinero. Si te acercas a ellos, no duermen; si con mirada escrutadora los interrogas, no se esconden; si yerras, no murmuran; si eres igno. ante no se ríen de ti.—RICARDO DE BURY, obispo de Durham.

\* \* \*

Tengo amigos cuya sociedad me es sumamente agradable: los libros. Son de todos los tiempos y de todos los países. Se han distinguido a la vez en los campos de batalla y en el silencio del gabinete, y han obtenido grandes honores por su conocimiento de las ciencias. Es fácil llegar a ellos, porque están siempre a mi servicio y yo los retengo junto a mí o los aparto, según me place. Nunca son importunos y responden inmediatamente a todas mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de otro tiempo; otros me revelan los secretos de la naturaleza. Estos me enseñan a vivir; aquéllos a morir. Algunos, por su encanto, desechan mis cuidados y alegran mis pensamientos; otros dan la fuerza al alma y me enseñan la importante lección de moderar mis deseos y de no contar más que conmigo mismo. En resumen, me abren los caminos variados de todas las artes y de todas las ciencias, y

puedo fiarme tranquilamente de sus informaciones en cualquier circunstancia. A cambio de todos estos servicios sólo me piden que les dé un lugar apropiado en un rincón de mi modesta morada, donde puedan descansar en paz; porque a estos amigos les seduce más la paz del retiro que los ruidos del mundo.—FRANCISCO PETRARCA.

\* \* \*

Si ambicionase tener un gusto que me sostuviera útil a todas las circunstancias y fuera para mí una fuente de felicidad y de alegría a través de la vida y una protección contra los males, por adversa que me fuese la fortuna y desfavorable la suerte, ese gusto sería el amor a la lectu- ra... Dad a un hombre este gusto y los medios de satisfacerlo y haréis de seguro un hombre feliz, a menos que no pongáis en sus manos una colección deplorable de libros.—JOHN F. W. HERSCHELL.

\* \* \*

Un libro sano es aquel que inspira al niño más bien horror al mal que al temor, en cierto modo material, de las consecuencias que trae consigo; es, sobre todo, aquel que se complace en describir el bien aún más que el mal, introduciendo así al niño en medios honrados, donde todo le habla su lenguaje virtuoso, donde todo le dice sin cesar el valor del esfuerzo y el precio de la bondad.—MARCELO BRAUNSCHEVIG: *El Arte y el Niño*.

\* \* \*

Causa de la decadencia de España han sido las guerras, la aversión al trabajo, el abandono de la tierra, la falta de curiosidad intelectual... No hay más aplanadora y abrumadora calamidad para un pueblo que la falta de curiosidad por las cosas del espíritu; se originan de ahí todos los males... No saldrá España de su marasmo secular mientras no haya millares y millares de hombres ávidos de conocer y comprender.—AZORÍN: *Lecturas españolas*.

\* \* \*

... No sería sincero, no mostraría todo mi pensamiento y toda mi alma, si no añadiese que los momentos mejores de mi vida los he pasado con un libro en la mano. ;Y cuántos otros podrán decir lo mismo!

¡Ah!, no hay nada más hermoso que el aprender, que el saber... Estudiar, además, no quiere decir tan sólo aprender cosas; es ponerse en contacto con los espíritus superiores, con los hombres que han pasado dejando un rastro de luz a través de la historia. He seguido la máxima de tener muchos autores en pocos libros y muchísimas materias en pocos tomos. La misma deben seguir los que, por falta de medios o de voluntad, no piensan tener numerosa biblioteca. Así se podrá componer que una librería de 40 tomos sea más selecta y universal que una de 200.—EL PADRE FR. MARTÍN SARMIENTO: *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos, para una librería de particular que desee comprar de tres a cuatro mil tomos*. (Manuscrito.)

\* \* \*

La influencia de los libros es universal; es la gran palanca del mundo moral y político. Imaginad, en efecto, una fuerza comparable a ésta; en las dos extremidades del globo, la misma página va a despertar los mismos pensamientos, a levantar las mismas pasiones, a reunir como en un haz los seres a quienes separa la inmensidad, y a revelarnos, en medio de la variedad de las razas, la fraternidad de las almas, la unidad del género humano.—LUIS ALMÉ-MARTÍN: *Plan de una biblioteca universal*.

\* \* \*

Me alegra mucho saber que vuestra biblioteca ha progresado considerablemente desde que la conocí, y espero que este progreso se acentuará cada vez más. Para ello necesitáis dinero, pero necesitáis también claro discernimiento en los que hayan de elegir los libros; respetuosa comprensión de lo que pueda realmente ser sospechoso para la formación de almas humanas y exclusión de toda clase de libros de oropel, que sólo sirven para excitar la admiración de los necios.—TOMÁS CARLYLE: *A los estudiantes de la ciudad de Edimburgo*.

\* \* \*

De cuantas ventajas gozamos en el siglo XIX, a ninguna debemos tal vez estar tan agradecidos como a la facilidad de proporcionarnos libros.—JOHN LUBBOCK: *La vida de vivir*.

**LA ETERNA INQUIETUD.**—CINCO pesetas ejemplar

## PARA LA ENSEÑANZA OCASIONAL

## PEDAGOGIA... EN ACCION

Están sonando las nueve campanadas en el reloj de la eclesiástica torre... Cuando discipulos y maestro hemos entrado en clase.

Los niños ocupan su ya designado puesto en los antihigiénicos bancos corridos y mesas vetustas de un mobiliario pedagógico nada humanitario.

De repente, un pajarito sale de su improvisado escondite. Los impresionables alumnos creyeron se trataba de un ratón. La rapidez con que volvió a esconderse no dejó que la vista actuase bien de juez y sí ¡la imaginación!; he aquí el error. Hubo un conato de involuntaria indisciplina escolar, pues todos, repuestos de la impresión primera, se sintieron... cazadores, ¡eso que estamos en veda!

Al fin se convencieron: era un gorrión jovencito que aún no sabía volar. Al cogerlo, abría la boca y le temblaba todo el cuerpo; quizá el frío, ocasionado por el hambre o... el miedo eran la causa. La compasión e ignorancia de un inocente niño dieron a entender que «el pajarito quería mamar!»

Algunos de sus compañeros de clase, distraídos en la contemplación del «púmifero y no matriculado discípulo», no se dieron cuenta del disparate; en cambio, otros menos inocentes y más conscientes se reían... disimuladamente.

No he necesitado recurrir al procedimiento «henrístico» para que por él mismo se dé cuenta y rectifique Juan Manuel «que los pájaros no maman», no siendo... «los de cuenta», cuando fueron niñas. El «aliquando dormitat Homerus» cúmplase a veces.

Si las ventanas y puertas habían estado cerradas, ¿por dónde y cuándo había entrado en el humilde «Templo de Minerva» el pajarito? ¡Nadie podía contestar a estas preguntas! La dote de «sutileza» es propia tan solo de los cuerpos gloriosos; por lo tanto, había que dar en el «quid» de la cuestión.

En efecto, no faltó alguien en esta colectividad infantil denominada «Escuela» que se fijase «en que la puerta, conducente

al patio del Ayuntamiento, no llegaba al suelo». Por allí había entrado el gorrión; no cabía ya la menor duda.

Con el pájaro en la mano expliquéles la teoría de Harvey: «omne virum ex ovo» de que «todo lo vivo procede del huevo», díjeles cómo los animales todos eran «vivíparos, ovíparos u ovovivíparos». Escritas por mí estas palabras, que el léxico infantil no conocía, púseles ejemplos varios. Convencido de que ya lo sabían... era lo más lógico y natural decirles lo que era «un huevo y las partes de que se componía».

Ordené les repartiesen pizarras y pizarrines, y... copiando ellos, dibujé como puede un huevo muy grande... tan grande, que ni los avestruces deben ponerlos mayores.

Auxiliado del clarión y de mis aficiones caligráficas... fuí diferenciando con trazos más o menos gruesos y «cromáticos», ora la *cáscara*, de naturaleza calcárea; ora el *corión*, telita que se adhiere a la primera y sirve como envoltura a las restantes partes; ya la *clara*, cuya sustancia es la *albúmina*, que, con la cocción, se endurece, formando una masa blanquecina; va la *yema*, amarilla como el oro, que tanto se aprecia; aquí, sobre ella, la cicatrícula o «galladura»; acullá las *chalazas*, en forma de cordones azulados blanquecinos, o bien la *cámara de aire*. Ante estas maravillas les hablé... de los colores con que algunas cáscaras de huevo se adornaban, y... no dejar nada, hasta el «célebre experimento de Colón» con el huevo saqué a relucir, no sin advertirles (que fué acogida la noticia con incredulidad) cómo muchos huevos... eran fabricados por el hombre... «químicamente».

Díjeles «que la gran modista Naturá adornó y vistió a las aves, sin medida de ninguna clase, su cuerpo»; habíeles del «canto no aprendido», como dijo el poeta; de sus melodiosos gorjeos; de los beneficios que las insectívoras ocasionan a la agricultura; de lo artístico de sus casas, que se llaman nidos.

Les recordé que «estando yo en Valladolid, hacia el año 1911, y celebrándose una

gran Fiesta del Arbol en el Campo Grande, oí y vi a un señor, bastante delgado, que, con unas cuartillas en la mano, leyó un hermosísimo discurso ante un público muy distinguido y numeroso, y desde una florida y artística tribuna. Los bellos ensamblamientos de su esclarecido intelecto me sedujeron y... acuciado por la curiosidad, interrogué quién era el lector y autor, y supe... que el de «Los intereses creados», el gran Benavente, leía, entre otras cosas, lo siguiente: «Cuando vayáis a un pueblo y veáis que los perros, gatos y aves no huyen de vosotros... creed... que ese pueblo está educado»...

Lo mismo digo yo: «Amad a los pájaros, respetad sus nidos, no les martiricéis; que

vivan, y ojalá podáis decir con San Francisco de Asís: «Hermano lobo... hermana ave...»

Los niños me prometieron cumplir mis consejos; mas... ¡en palabras de niños quién se fía!...

Y... cerrado este paréntesis abierto al cuadro de distribución del tiempo y del trabajo... continuamos nuestra cotidiana labor docente, no sin dar antes el pajarito a un niño, quien, metiéndole en una caja de cartón en su casa, fué víctima de un gato que no había escuchado, y, aunque las hubiera no habría encendido, y... menos atendido, las explicaciones y consejos de...

JUAN ANTONIO GONZALEZ

## CRUZADA DE NIÑOS ESPAÑOLES

Niñas y niños españoles: Dios ha querido concedernos el favor de haber fundado en esta Escuela graduada de niños de Navalcarnero (Madrid) la benemérita «Liga de Bondad», que, por deuda de gratitud, lleva el glorioso nombre de Conde de Peñalver; hermosa institución que tiene por objeto educar el corazón del niño en la protección y amor a los animales, plantas y demás seres vivientes.

Educados ya en el ambiente de la Liga, hemos variado completamente el rumbo, y llevamos realizados voluntariamente 132 casos prácticos de moral cristiana, y esto nos hace concebir la esperanza de que es próximo el día en que los niños de la real villa de Navalcarnero sean de los mejor educados de España.

Pero como la dicha en esta vida ni ha sido, ni es, ni será completa, los miembros de la Liga nos vemos apenados ya, a los dos meses de haber nacido, por haber presenciado en las corridas de toros que acaban de celebrarse en esta real villa de Felipe IV hechos que, aunque no son realizados con intención de *producir mal y educar mal*, sin embargo, nos apenan, pues vemos que sus resultados no pueden ser más funestos, y que son impropios de esta Liga de Bondad, impropios del siglo XX e impropios de los niños que nos enorgullecemos diciendo que somos españoles.

En el encierro de toros, ¡cuántas veces hemos presenciado! Más de dos mil per-

sonas, que la mayoría ni asistieron a conferencias ni a la Escuela, llevaban varas y garrotes en la mano para defenderse o castigar a los animales mudos e indefensos, que son, como nosotros, hijos de Dios, haciéndoles correr aquella masa de gente, cuyo calificativo nos llamamos. Y esta dolorosa escena ocurre en la mayoría de los pueblos de nuestra querida patria.

«El que maltrata a un animal, no muestra buen natural», dice una vieja máxima de la Escuela; y ya en la plaza los pobres animales, rodeados de seis u ocho hombres *vestidos de Carnaval*, unos con capas, otros con banderillas, aquél con espada y el último con estoque, engañaban y causaban a los pobres toros, divirtiéndose al inmenso público, que veía y aplaudía aquella escena con agrado, al martirizar, picar, acribillar y por último matar a traición a los pobres animales, olvidando que no les habían hecho ningún daño y sin tener en cuenta que aquellos grandes borbotones de sangre que derramaban iban en contra de nuestra educación, endureciendo nuestros corazones, y que aquel público terminaba por pasear en hombros al torero, honor que tal vez no hayan recibido los sabios Echegaray, Menéndez Pelayo, Ramón y Cajal, etcétera, etc. ¡Qué pena que por una hora de torpe y brutal distracción eduquemos tan mal a la niñez! ¡Autoridades, padres de familia, ministros de la Iglesia, sociedad educada: los niños de la Liga de Bon-

dad Conde de Peñalver os llaman! ¿Es esto educar a la niñez española, digna de mejor suerte? ¿Y queréis que vuestros hijos tengan corazón sano viendo estas tristes escenas? Acordaos de la fábula «Los cangrejos».

En vista, pues, de que ni autoridades, ni padres, ni la sociedad educada se ocupan de despertar en nuestros corazones—en los corazones de los niños de hoy, que serán los hombres de mañana—el amor a los animales, *por necesidad* tenemos que educarnos nosotros mismos, por no tener más ayuda que los sabios consejos de nuestro sabio Maestro y los de la benemérita Liga de Bondad. Así es que *hacemos un llamamiento* a todos nuestros hermanos, *las niñas y los niños españoles* menores de catorce años, para formar todos unidos *una magna cruzada*, pidiendo *la supresión absoluta* de las crueles, inmorales e inhumanas corridas de toros, aunque para ello sepamos de antemano que, *por lo menos*, vamos a llevar miles de maldiciones y se ponga en contra nuestra el 95 por 100 de los españoles.

Si no lo conseguimos, figuraremos en la Historia de España los niños del siglo XX con mejor educación y con mejor corazón que nuestros mismos padres, y que no nos queda otro recurso que educarnos nosotros solos. ¡Nuestros sucesores nos harán justicia!

Para llevar esta difícil y magna obra con el mejor acierto, solicitamos la coope-

ración moral de nuestro jefe, la Federación Ibérica de Sociedades Protectoras de Animales y Plantas; de la Asociación Nacional del Magisterio primario, del Gobierno, de los ministros de la Iglesia, de la buena prensa, de las mujeres españolas, de la Guardia civil, de todo el digno Magisterio, de nuestros padres, y de la sociedad bien educada. Si lo logramos, podemos decir que hemos dado un paso gigante en favor de nuestra educación moral, de la educación de los niños de esta querida España, que esperan ansiosos el día en que podamos gritar todos al unísono, diciendo: «¡Abajo el inhumano espectáculo de las corridas de toros! ¡Viva España!»

Sólo nos resta suplicar a nuestro jefe, la Federación Ibérica de Sociedades Protectoras de Animales y Plantas, y a la Asociación Nacional del Magisterio primario tomen la representación de esta difícil y magna empresa que los niños de la Liga de Bondad Conde de Peñalver, de Navalcarnero, proponen a las niñas y niños españoles. Por tanto, las dos entidades citadas tienen la palabra.

Navalcarnero, 13 de septiembre de 1926. El presidente de la Liga de Bondad, niño de once años, *Luis Juzgado Berato*.—El secretario, niño de doce años, *Cándido García Miranda*.—El Maestro, tutor de la Liga de Bondad, *José Jalón Carrasco*.

Se suplica a la buena prensa la reproducción de este artículo.

## REGISTRO ESCOLAR SOLANA

Este *REGISTRO* contiene los de matrícula, lista diaria, clasificación, contabilidad y correspondencia. - Es sumamente cómodo. - No se escribe el nombre de cada niño sino una vez al año. - De este libro hacemos tomos especiales para las inscripciones que se nos indiquen.

Hay publicadas cuatro series.

Serie A, para 70 inscripciones, 4 pesetas.—Serie B, para 105 inscripciones, 4,50 pesetas.  
Serie C, para 140 inscripciones, 5 pesetas.—Serie D, para 210 inscripciones, 6 pesetas.